

LÓPEZ CASTELLÓN, Enrique y QUESADA, Julio (eds.), *Nietzsche bifronte*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2005. 256 pp. ISBN 84-9742-428-X

El Seminario Internacional llevado a cabo en Málaga, en el año 2000, con motivo del centenario de la muerte de Nietzsche ha trascendido hasta hoy no sólo como la expresión del interés académico por el análisis exhaustivo de su pensamiento, sino también (conjuntamente con la creación de la SEDEN y la cristalización y puesta en marcha de esta Revista) como uno de los indicativos más claros del fortalecimiento de una labor investigadora caracterizada, entre otras cosas, por una fuerte voluntad de diálogo y profundidad interpretativa.

Afortunadamente, gracias a la generosidad de los distintos investigadores convocados y la labor de coordinación de E. López Castellón y Julio Quesada, dicho encuentro se ha transformado en el libro colectivo *Nietzsche bifronte*, el cual retoma el pulso del pensamiento nietzscheano desde la recopilación de un amplio abanico de enfoques hermenéuticos. Una tarea colectiva de desvelamiento, cuya madurez se expresa en la claridad expositiva de quienes buscan comunicarse, como en el esfuerzo y profundidad necesaria de aquellos que escudriñan los tópicos establecidos.

Las diversas propuestas interpretativas que ofrece el texto comienzan con la exposición de Giulano Campioni «Nietzsche y la novela francesa de su época. Bourget y los Goncourt», una labor de desciframiento desde la cual accedemos a la compleja trama que hila las reflexiones y metodología nietzscheanas con la cultura francesa de finales del siglo XIX.

Una extensa y fructífera labor investigadora permite a Campioni ofrecer al lector los diversos materiales desde los cuales pueda identificar y reconstruir los elementos de la cultura popular francesa a partir de los que Nietzsche definirá las categorías de interpretación del arte de la decadencia, sistematizadas en *El caso Wagner*. Las diversas tendencias literarias como síntomas de un estado de salud general, París como laboratorio de Europa y el «parisino como extremo europeo» (p. 29) son objetos de la vivisección moral, donde se conjugan las intenciones críticas de la filología, la fisiología y la genealogía. Perspectiva que le permitirá llevar hasta las últimas consecuencias su investigación antimetafísica, captar el carácter dinámico de la realidad, su complejidad y dimensión orgánica, así como reconstruir o incluso seguir la historia de la evolución de la enfermedad y de la curación.

Este recorrido por las preocupaciones nietzscheanas de los años ochenta, que nos lleva hacia el nihilismo como «diagnóstico» de una cultura decadente, sintoniza con el interés investigador de Diego Sánchez Meca quien, en «Crítica de la filología y genealogía en el joven Nietzsche», se aventura en los escritos nietzscheanos de 1875, desde donde Nietzsche había esbozado su crítica a la Modernidad como época de la decadencia y el nihilismo, mediante su confrontación, esta vez, con la cultura de la antigua Grecia. Una generosa y paciente labor de comprensión, desde la cual accedemos progresivamente al esfuerzo nietzscheano por entender adecuadamente lo propiamente griego, su capacidad para «asistir al espectáculo permanente de un mundo de luchas y de crueldades sin engendrar el disgusto por la existencia, ni concebir la existencia en términos morales, como el castigo expiatorio por algún crimen misterioso que alcanza a las raíces mismas del ser» (p. 141).

Dicho pesimismo de la fuerza que dice sí a la vida es igualmente reconocido por Enrique López Castellón en «La alegría del saber», un desarrollo atento de las razones nietzscheanas de por qué el conocer se torna triste, que nos introduce en el saber de los *espíritus libres*: en la *gaya ciencia* como arte poético, en el interés nietzscheano por defender la vida contra aquellos que la condenan y repudian sobre la base de experiencias personales dolorosas (p. 51).

Para López Castellón, el *espíritu libre* —heredero del *sapere aude* kantiano— asume la alegría del saber, desde una perspectiva que a su vez se diferencia del librepensamiento ilustrado en su ingenua creencia en el poder de la razón, y «se dirige más bien a hacer experimentos con uno mismo, con el mundo, con Dios, a levantar por doquier interrogantes sin detenerse en las cosas más estimadas y más queridas» (p. 52). Así, la filosofía empieza a desembarazarse de la rígida argumentación metafísica o mística, de un saber pesimista que busca en la ciencia la objetividad de la verdad, el dominio de la realidad, para adentrarse en una utilización de la ciencia como ejercicio de la función crítica.

La *gaya ciencia* como el saber de los *espíritus libres* no sólo nos permite nuevas pautas de lectura que anuncian el *Zaratustra*, sino también vislumbrar recursos inusuales en la filosofía alemana de la época. Itinerarios que nos llevan a la alegría de quien se siente capaz de asumir su existencia en un

mundo que carece de sentido y que es indiferente a los sufrimientos humanos sin necesidad de falsearlo recurriendo a mentiras que consuelen.

Un tipo de saber que Lizbeth Sagols igualmente observa en «La herencia ética de Nietzsche», en el interés nietzscheano por la crítica de la moral tradicional. Su preocupación por la construcción de un *ethos*, de un carácter, de una autodefinición y autonomía, «deja atrás la culpa, el sufrimiento estéril, y se abre la vía para una nueva perspectiva que quizás pueda llamarse, retomando el título de uno de sus libros, *gaya ética*: un ejercicio y un canto alegre, feliz, de la libertad, afirmador de la vida en general y del crecimiento del individuo en una búsqueda de equilibrio entre todas las contradicciones de éste» (p. 86).

Asimismo, el problema del nihilismo le sirve a José Emilio Esteban Enguita, en «Nihilismo e historia: la confrontación entre Heidegger y Nietzsche», para profundizar en la interpretación heideggeriana de la figura de Nietzsche. Reconstruyendo el horizonte histórico-filosófico de dicha interpretación, Enguita revela la «insuficiencia» de la posición de Heidegger en su afán de rehabilitar y encumbrar a Nietzsche como el «pensador esencial», como el último metafísico de Occidente. Indicios, conjeturas y observaciones que permiten el examen atento del trasfondo de la interpretación heideggeriana, que mucho debe a la historia contemporánea alemana, y con la implicación de Heidegger en ella, a su vinculación y participación en el nacionalsocialismo.

Una transfiguración metafísica del rostro de Nietzsche, que, en palabras del autor, «condena al filósofo alemán a llevar sobre su cara una máscara de hierro metafísica» (p. 244); «una violación en toda regla del sentido del pensamiento de Nietzsche con el propósito de asimilarlo de un modo salvaje a su meditación sobre la historia del Ser» (p. 248).

Otro bloque interpretativo que nos ofrece el texto es el que promueve Marco Parmeggiani en «La ambivalencia del sentido en el lenguaje y el pensamiento de Nietzsche», donde se reconoce la necesidad de extender el análisis de la problemática del lenguaje en Nietzsche, más allá de las frecuentes caracterizaciones esencialmente metafóricas, para prestar la suficiente atención a otros recursos lingüísticos como son la ambigüedad y la polisemia.

A fin de presentar las —pocas veces señaladas— consecuencias teórico-prácticas de dicha problemática, Parmeggiani se adentra en las dificultades que conlleva el intento de traducción del pensamiento nietzscheano a un lenguaje científico-académico, a otra forma de expresión o exposición sin congelar lo ambiguo y polisémico de dichas expresiones, ni resolverlas en un discurso sistemático (pp. 193-201). Una perspectiva de abordaje que se hace aún más reveladora cuando nos abocamos al esclarecimiento de un caso particular de ambivalencia de sentido: la noción de «ilusión». Concepto que se halla en el trasfondo de casi la totalidad de su pensamiento, «el cual llega a resquebrajar el sentido solidificado en el concepto mismo de verdad, introduciendo esa ambivalencia de sentido en la cuestión misma de la verdad con todo lo que ello implica: la necesaria ambivalencia entre verdad y falsedad de todo lo real» (p. 202).

Conservando similar tonalidad hermenéutica, David Picó, en «Una locura transitoria. Aproximaciones a Nietzsche y la música», persigue y profundiza esta experiencia no tutelada por la razón, una experiencia que generaría un conocimiento y un sentimiento de otro orden al mantenido y defendido por la filosofía tradicional (p. 171). Partiendo del examen atento de los grados de significación del símbolo dentro de la filosofía nietzscheana, Picó ahonda en el carácter polisémico y ambiguo de la experiencia de verdad nietzscheana, deduciendo que «existirían, al menos, dos contenidos de verdad, por un lado las verdades de uso corriente, de orden lingüístico, sedimentadas a lo largo de la historia hasta alcanzar estatus de leyes eternas» (p. 172), verdades convencionales, conceptuales, lógicas. Y, por otro lado, una verdad radicalmente distinta, una verdad intuitiva, no conceptual, que se dice de un modo indirecto y metafórico, la verdad de Dioniso, una verdad pre-lógica, pura intuición más allá de la conciencia y sus mecanismos de racionalidad, cuyo símbolo es la música, el arte dionisiaco por excelencia (p. 173).

Una concepción que madurará en Nietzsche hasta llegar a formular su teoría perspectivista y que nos advierte sobre la necesidad de reparar en el aspecto musical-connotativo del lenguaje. En la necesidad de que el lenguaje conserve su musicalización, su expresión más radical, mediante los diversos procedimientos estratégicos de la metáfora, la analogía y la contradicción.

Este carácter primordial y constitutivamente musical del pensamiento nietzscheano es asumido por Luis E. de Santiago Guervós en «Los ideales estético-musicales de F. Nietzsche», dilucidando las principales rutas hermenéuticas que nos permiten abordar el interés del último Nietzsche por la música del *Sur*. Un encuentro con el *Sur* que fue para él como un nuevo criterio para pensar la estética, a la vez que una auténtica terapia: una posibilidad de liberación de sus fantasmas juveniles.

Esta inquietud por «mediterraneizar la música» frente a los ideales estético-filosóficos del Norte representados por la música de Wagner (el cual encarnaba «lo alemán», el romanticismo, lo decadente) encuentra en Mozart, Rossini, Bizet, una nueva dimensión estética frente a los valores románticos, «los nuevos dioses musicales que encarnan de alguna manera la nueva música del futuro y su carácter redentor para una nueva cultura» (p. 152). Pero será especialmente el jovial, ligero y profundo Bizet y, sobre todo, su ópera *Carmen* quien represente el nuevo modelo artístico de la nueva estética nietzscheana, como estrategia, como «antítesis irónica» frente a Wagner. Una lucha por la propia autenticidad que a su vez anuncia «el final de un desarrollo histórico, y que otra música diferente y distinta habría de venir. Wagner cerraba una etapa, pero Nietzsche trató de perfilar, aunque sólo con insinuaciones, la música del futuro que habría de implantarse como modelo artístico de las generaciones venideras» (p. 169).

Un interés del autor por la estética nietzscheana, por el arte como la «actividad metafísica fundamental», como «estímulo para la vida», que el autor continuará en el reciente y voluminoso ensayo *Arte y poder*, uno de los más serios estudios en nuestra lengua y primero en el tiempo en abordar la cuestión del arte en Nietzsche, en todas sus dimensiones y en todas las etapas de su producción filosófica.

Para finalizar, señalaremos la labor de Julio Quesada, quien desde su original y sugerente exposición «De la problemática erótica: ¿Por qué amamos la vida?», rastrea la permanencia de la música y del *eros* de Tristán en el pensamiento nietzscheano, en el arte como éxtasis dionisiaco, como traducción de la capacidad de una cultura para someter artísticamente el dolor y sufrimiento que genera la vida. Una profunda mirada, una experiencia de sentido, que afirma la voluntad creativa de quien dice «sí» a la vida salvándola de todos sus detractores.

De este modo, la lectura y relectura de los textos aquí compilados ofrecerá al lector, no sólo una herramienta eficaz y fructífera para la investigación, sino también una invitación al diálogo que hallará en las diferentes procedencias de los enfoques teóricos aquí emprendidos un incentivo para esclarecer de forma crítica las raíces y límites del pensamiento nietzscheano.

Fernando J. Fava
Universidad de Málaga